



ISSN 1018-1563
Tercera Época / N° 36
Año de 1999
Costo: B/. 3.00

Director:

Coordinación de Difusión Cultural
Universidad Tecnológica de Panamá
Enrique Jaramillo Levi

Corresponsales Internacionales:

Jaime García Saucedo (Colombia)
Carmen Naranjo (Costa Rica)
Carlos Meneses (España)
Dante Liano (Italia)
Fernando Burgos (Estados Unidos)
José Roberto Cea (El Salvador)
Martín Jamieson Villiers (Argentina)

Portada:

Óleo de Carlos González Palomino
(Galería Artegma-Obarrio-)

Diseño Gráfico:

Pablo Menacho

Un esfuerzo editorial
sin fines de lucro

Una Coedición:

Universidad Tecnológica
de Panamá (U.T.P)

Fundación Cultural Signos

**Diseñado y
Construido por:**

Red Académica de Investigación y
Desarrollo (PANNet)

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA *Maga*

Fundado en Marzo de 1984

JOSÉ SARAMAGO: ESCRITOR DEL PRÓXIMO MILENIO

- ❖ La alucinación visionaria/ Alfonso Chase
- ❖ Desquite/ José Saramago

MISCELÁNEA

- ❖ El peligroso juego de la multiplicidad de pareceres/ Jorge Kattán Sablah
- ❖ Tres poemas/ Winston Churchill James
- ❖ La migala/ Juan José Arreola
- ❖ <<El poeta es el vidente del oráculo; el abogado, el filántropo que permite que el poeta no muera de frío ni de hambre>>
- ❖ [Entrevista a Porfirio Salazar]/ Enrique Jaramillo Levi
- ❖ El deseo/ Samuel I. Robles Areas
- ❖ Tres poemas/ A. Morales Cruz
- ❖ En torno al cuento [Entrevista con Enrique Jaramillo Levi] / Edward Waters Hood
- ❖ Apariciones/ Carlos Oriel Wynter Melo

TALLER

- ❖ Cero tres sesenta y cuatro/ Odalia Molina R.
- ❖ Miguelón o el reloj de mi conciencia/ Nuvia de Espinosa
- ❖ Zarya/ Margel Iván Castillo

RESEÑAS

- ❖ Lo que me dijo el silencio, de Rogelio Guerra Ávila/ Allen Patiño

PAPELES DE LA MAGA

- ❖ El cuento como género literario en América Latina / Mempo Giardinelli
- ❖ Los premios Stella Sierra y Rodrigo Miró Grimaldo, de la Fundación Cultural Signos / Elsie Alvarado de Ricord

PREMIO CENTROAMERICANO DE LITERATURA <<ROGELIO SINÁN>>

- ❖ Obras participantes en el Premio Centroamericano de Literatura <<Rogelio Sinán>> 1998-1999
- ❖ Bases del Premio Centroamericano de Literatura <<Rogelio Sinán>> 1999-2000

MISCELÁNEA

**El poeta es el vidente del oráculo; el abogado, el filántropo que permite
que el poeta no muera de frío ni de hambre.**

**Entrevista a Porfirio Salazar
Por Enrique Jaramillo Levi**

En octubre de 1998, Porfirio Salazar (Penonomé, 5 de marzo de 1970) gana el Concurso Literario <<Ricardo Miró>>, en poesía, con su obra *No reinarán las ruinas para siempre*; al siguiente mes obtiene el Premio Signos de Poesía <<Stella Sierra>> por *Canto a las espumas del reino*. Ambos libros están por aparecer: el primero publicado por el Instituto Nacional de Cultura; el otro, por la Fundación Cultural Signos.



Porfirio Salazar

Habiendo sido el editor de tres de sus libros –*Los poemas del arquero* (INAC, 1991), *Guitarra de fe* (Universidad Tecnológica de Panamá, 1997) y *Canto a las espumas del reino* (Fundación Cultural Signos, 1999), quise entrevistar a este talentoso joven poeta penonomeño como una manera de acercar algunas de sus ideas (y a la postre, su trabajo poético) a los lectores de diversas edades que son hoy sus contemporáneos.

Maga siempre tendrá abiertas sus páginas a los autores nacionales auténticamente comprometidos con la creación literaria.

ENRIQUE JARAMILLO LEVI:

¿Qué diferencia existe para su autor entre la obra con la que ganas el Concurso Literario <<Ricardo Miró>> 1998 y la que mereció el Premio Signos de Poesía <<Stella Sierra>> 1998?. ¿Cómo es la intencionalidad temática, el lenguaje, la actitud en cada una?

Porfirio Salazar: Son dos libros, dos propuestas diferentes. No sólo en cuanto al tema, sino a su tratamiento: *No reinarán las ruinas para siempre* es el libro de la herida, orientado a la denuncia de un hecho histórico que me marcó y del cual fui testigo: la invasión del 20 de diciembre de 1989. Pero no sólo abordo esta situación histórica y emocional; el libro ofrece múltiples posibilidades al lector, lo cual sitúa al libro en una órbita en la cual pretendo afirmar lo panameño en la universalidad de la poesía. No es casual, entonces, que haya escogido al rey de los versos, el endecasílabo, y lo haya hecho soporte y brújula de viaje para decir, a partir de la experiencia de la soledad y el dolor lo que sugiero en mi libro. En tanto que *Canto a las espumas del reino*, Premio <<Stella Sierra>> 1998, sigue el camino de la voz bajo las arcas, es decir, el canto a la mar como tópico anímico y terrenal, creando una estación forzosa para los sentidos (tú podrás oler con tus ojos la sensación marina). Allí, como en el libro del Premio Miró, hablo de mis eternos temas: la muerte, el fracaso que es la irracionalidad del mundo, la tristeza de sentirse solo en un mundo que niega los valores, las tradiciones, la historia; un mundo amanecido, de pronto, en la postmodernidad del pensamiento en crisis; en búsqueda de nuevas propuestas de índole

social, estética y política. Ambos libros conforman un sistema dicotómico de ceniza y desgarró, pero teniendo como punto de inicio experiencia disímiles; la patria herida, en el primero, y el mar en el segundo texto. Son dos de mis verdades, unidad acaso por la diferencia.

En Selva -edición de autor que recoge casi toda tu obra publicada e inédita, hay una clara intención de hacer un balance y dejar sentada una obra. Luego viene la publicación de Guitarra de fe con la Universidad Tecnológica de Panamá, un poemario breve pero líricamente intenso. En 1999 se publicarán otras dos obras tuyas: No reinarán las ruinas para siempre, en el INAC, y en la Fundación Cultural Signos, Canto a las espumas del reino. Pero en realidad, tu primer poemario es los poemas del arquero, que yo te publiqué en el INAC en 1991.

¿Qué relación de actitud, de trabajo, de "logros" poéticos se da entre estos libros? ¿Existe un diseño claro o acaso subliminal que, mirando atrás, puede vislumbrar la parte lúcida, racional, crítica del poeta en su propia obra?

Los poemas del arquero fue un libro publicado cuando contaba con 21 años; es fruto del amor rebelde, adolescente. Acaso este libro que desprecio y que mis lectores, a donde voy, me lo piden, sea el inicio de la tragedia que es escribir en un país como el nuestro. Mis libros: Selva y Guitarra de fe, representan una propuesta estética, sí bien no definitiva, si más trabajada; en ambos libros me esmeré por concebir un resultado estético más consonó con mi manera de interpretar el hecho poético.

Desde esta perspectiva y sin convertirme en un crítico de mi propia obra, Los poemas del Arquero son una iniciación, Selva y Guitarra de fe, ejercicios de la voz lírica hechos con más oficio, pruebas indiscutibles de mi fuerte vocación.



¿Qué hace que el poeta que te nutre concurre una y otra vez: prestigio, dinero, autoafirmación, orgullo, tenacidad?

¿Es tu pregunta un ejercicio de escoger la mejor respuesta? Yo creo que te faltó otra posibilidad: ninguna de las anteriores, o quizás, para hacer honesto: Todas las anteriores, pero lo cierto es que en nuestro país los premios son casi los únicos estímulos existentes y yo los aprovecho; no quiero probar que soy el mejor poeta, sólo hago el intento (el cual hasta ahora ha sido exitoso) de probar, al menos, escribo el género que los jurados califican y que lo que escribo se sitúa, de acuerdo a esos conocedores, en un ámbito respetable. Los premios no significan un juicio definitivo, son parte simplemente de la institución literaria.

¿Qué sientes ante los dos últimos galardones obtenidos casi simultáneamente con libros distintos?

Me siento satisfecho. Claro, sin entusiasmarme mucho. Permíteme decirte que en el seno familiar varios parientes se han extrañado de mi frialdad ante ambos lauros. Eso me indica que he crecido como hombre y que la madurez tan esperada tocó a mi puerta.

En este sentido, esta enseñanza ha sido el mejor galardón.

Sin duda, eres de los poetas nacionales que más escriben, que más poemas produce. ¿Cómo se da en ti este fenómeno? En general, ¿cómo es el proceso de creación? ¿Hay un equilibrio entre cantidad y calidad?

No solo entre calidad y cantidad, lo hay entre forma, y fondo, entre emoción y razón. Escribo para expresar mis sentimientos, mi visión, mis deseos y sueños. A veces soy muy fecundo; otras veces, la voz enmudece. Pero lo cierto que para escribir debo poseer un estado emocional especial. Mi fuente de inspiración es la nostalgia.

¿Se puede -¿puedes?- explicar o definir la poesía sin caer en fórmulas, academicismos o figuras retóricas vacías? ¿Pueden disociarse la emoción, la inteligencia, los conocimientos, la intuición, la experiencia de vida, como componentes de una misma o de diversas formas de poesía?

No sé cómo definir mi poesía. Ni eso me importa mucho. En cuanto a tu otra pregunta, creo que emoción, inteligencia, conocimiento, intuición y experiencia son los exactos componentes de un buen poema, si sacrificas uno de ellos el bisonte luminoso quizás alumbre, pero le faltará una pata para correr. Todos son elementos indispensables y en cada uno de ellos me apoyo para vivir la poesía, para que la poesía firme nuestro pacto secreto.

¿A qué aspiras como poeta?

No me importan los resultados extraliterarios de mi creación: como la fama, la celebridad, la trascendencia. Quiero decir lo que siento, cómo ve Porfirio su vida, su tiempo, su país.

¿Cómo ves la situación de la poesía en Panamá? ¿Cuáles son tus poetas nacionales favoritos y por qué? ¿Los de otros ámbitos?

En Panamá hay excelentes poetas y por esa parte no es crítica o difícil nuestra situación. Lo difícil forma parte integral de la institución literaria, no de la literatura como patrimonio cultural en sí. En Panamá, no hay público lector ni crítica especializada; muchos de los juicios críticos de suplementos y diarios son, algunas veces, teñidos por antipatía o enemistad personal entre el creador y el supuesto crítico.

Mis poetas nacionales favoritos son: Bermúdez, José Franco, Korsi, Herrera Sevillano, Luzcando, Esther María Osses, Stella Sierra, Orestes Nieto, Carr, Matilde Real, Consuelo Tomás, Ros Zanet y Elsie Alvarado de Ricord. Para mí Bermúdez (con La llave en el suelo), Franco (con Panamá defendida) y Solarte (con Aproximación poética a la muerte) han escrito los mejores poemas de nuestra vanguardia. Debo agregar que disfruto la poesía de Young Nuñez por ser la excepción, por ser un caso único en nuestra literatura.

En cuanto a poetas de otros ámbitos, leo los poemas de la generación del 27 y a su maestro Juan Ramón Jiménez. También leo a Neruda, Paz, Rimbaud, Rilke, Darío, Quasimodo, etc.

¿Has intentado escribir otros géneros literarios?

Hace nueve años trabajo en un libro de ensayos sobre poesía; aunque leo cuento y novela, como géneros a cultivar no me interesan. Yo prefiero la poesía y el ensayo.

¿Qué le aporta la experiencia poética al abogado que también eres? ¿Y al revés?

El poeta humanizó, colonizó, venció al abogado. El abogado nada espiritual le aporta al poeta. El poeta es el vidente del oráculo; el abogado, el filántropo que permite que el poeta no muera de frío ni de hambre.

Pocos escritores en Panamá tienen el interés o la capacidad de adelantar iniciativas y proyectos que realmente estimulen o ayuden a perfeccionar el que hacer de sus colegas, sobre todo de los que se inician.

¿Qué opinión te merecen las iniciativas culturales articuladas a través de la revista Maga, la Universidad Tecnológica de Panamá y ahora la Fundación Cultural Signos con sus premios y publicaciones recientes?

Siempre he admirado tu trabajo. Tu obra literaria merece mis respetos y tu aporte como difusor cultural es de indiscutible valor. Has creado premios, publicas Maga, escribes varios géneros literarios. Todo esto es plausible.

¿Por qué va a molestar a algunos de nuestros colegas escritores la sola formulación de la pregunta anterior y, sin duda, la entusiasta sinceridad de tu respuesta?

No sé, puede ser celo, envidia, dolor por el trabajo ajeno, o simplemente una actitud crítica y sana, motivada por una profunda diferencia de concebir y asimilar cómo el hecho literario se da desde tu horizonte creativo.

De todos, sea lo que sea, es una opinión. Y lo más superficial en un escritor son sus opiniones (la máxima es de Borges).

A cuatro años de tu polémica carta contra el Premio Miró, publicada en el diario <<La Prensa>>, ahora ganas este mismo Premio. ¿Qué tienes que decir al respecto?

Mi carta fue escrita en contra de un evento, no contra Consuelo Tomás, a quien admiro y respeto porque ella es una respetable creadora de belleza. Yo asumo la responsabilidad de mis opiniones, y no me siento, en lo absoluto, humillado por reconocer que la carta fue una opinión inoportuna y excesiva. Lo que quiero dejar claro es que muchos de mis detractores se han apoyado en esa carta (la cual era mi visión de un evento, de un certamen), para atacar mi obra, sin siquiera leer mi poesía. Esta actitud me parece irresponsable. Censúrenme esa opinión (la carta), pero no juzguen mi obra bajo el prisma de las opiniones del ser humano que soy. Mi obra es la que debe importarles, no mis opiniones personales.

MISCELÁNEA

En torno al cuento

Entrevista con Enrique Jaramillo Levi

Edward Waters Hood
[Northern Arizona University]



Enrique Jaramillo Levi nació en 1944 en Colón, Panamá. Tiene una larga trayectoria literaria y se ha convertido en uno de los promotores más grande de la literatura de su país. Aunque en su obra creativa ha cultivado principalmente el cuento, también ha escrito poesía, ensayo y teatro. Entre sus libros más importantes, se incluyen cuentos: Duplicaciones (México: Joaquín Mortiz, 1973), El búho que dejó de latir (México: Samo, 1974), Ahora que soy él (San José: Editorial Costa Rica, 1985), El fabricante de máscaras (Panamá: INAC, 1992), Tocar fondo (Panamá, 1996); poesía: Recuperar la voz (México: Ediciones Voz Crítica, 1994), A flor de piel (Panamá: Editorial Portobelo, 1997); y ensayos: La estética de la esperanza (Tomo I, Panamá: 1993, Tomo II, Panamá: 1995). Algunos de sus cuentos han sido traducidos y publicados en alemán, polaco, portugués, francés, húngaro e inglés. Su última colección de cuentos, Caracol y otros cuentos, acaba de ser publicada en México por la Editorial Alfaguara. Esta entrevista se llevó a cabo el 21 de marzo de 1998 en Ciudad de Panamá durante el VI Congreso Internacional de Literatura Centroamericana.

Ed Hood: Enrique, ¿podrías darnos un breve perfil de tu obra literaria?

Enrique Jaramillo Levi: Yo comencé escribiendo teatro y poesía. Se publicaron dos libros míos de teatro en Panamá que tenían dos obras cada uno. De las cuatro obras, tres se han presentado en escenarios aquí en Panamá. Pero con el tiempo fui descubriendo que yo era fundamentalmente un cuentista, y posteriormente, poeta y ensayista. Probablemente en esa forma.

Voy a comenzar hablando de mis libros más recientes. Primero, los libros inéditos. Hay un libro que acaba de salir en Alfaguara que se llama Caracol y otros cuentos. Este es mi libro más autobiográfico. Hay cuentos que tienen que ver con aspectos difíciles, conflictos, traumáticos inclusive, de mi propia vida, pero creo haber encontrado maneras adecuadas de ficcionalizarlos y hasta cierto punto de enmascarar ciertas cosas más personales a través de determinadas técnicas: cambios de punto de vista narrativo, juegos con el tiempo y el espacio, el cuento dentro del cuento, cartas; recursos que no son nada nuevo, pero que me han sentado bien para escribir tres o cuatro cuentos que tienen elementos autobiográficos.

Para mí es un reto muy importante verlo publicado, por varias razones: primero, porque es el primer libro donde hay realmente cosas traumáticas de mi vida sobre las cuales escribo por primera vez; segundo, porque me publica una editorial de mucho prestigio en el mundo de habla hispana –Alfaguara; y tercero; por el hecho de que es un libro de cuentos y no una novela, que es lo que suelen pedir los editores cuando van a lanzar a un autor al mercado internacional; y habría un cuarto motivo de orgullo, y es que soy el primer escritor panameño en publicar con Alfaguara, y eso puede abrir las puertas para otros colegas escritores, o para la gente que venga después. Creo que soy el cuarto o quinto centroamericano en publicar con Alfaguara: han publicado libros de Rey Rosa, Monteforte Toledo, Sergio Ramírez, y creo que han publicado a Monterroso.

Tengo un libro más reciente que Caracol y otros cuentos. En éste, por primera vez, el personaje suele ser un adolescente, con algunos de los problemas propios de la adolescencia, como podría ser el hecho de que un joven se enamora de una mujer mayor en dos de los cuentos. También hay la idea, tanto en Caracol y otros cuentos como en el nuevo libro, del escritor escribiendo sobre el proceso de la escritura, o el escritor mirándose escribir o el escritor asumiendo la vida de un personaje y convirtiéndose en un personaje, como un acto consciente y autorreflexivo, autorreferencial sería la palabra académica más adecuada.

Antes de eso, en 1996, publiqué en Panamá Tocar fondo, que es una colección de ocho cuentos muy diversos entre sí, donde hay temas un tanto atrevidos para nuestro medio al menos –el tema del incesto, el de la necrofilia, la homosexualidad. Tocar fondo es el resultado de haber escrito esos cuentos durante mi estancia en Querétaro, México, de 1993 a 1995. Son el

producto de un taller literario que yo impartía en la Escuela de Escritores de la Sociedad General de Escritores de México (SOGEM), donde era profesor. Tengo la buena o mala costumbre de someterme a las mismas disciplinas que le pongo a mis alumnos en cuanto a la labor creativa. Yo les ponía a hacer algunos ejercicios, practicando el punto de vista narrativo, el manejo de la primera persona, la tercera, la segunda, contar de distinta perspectivas, cambiando los tiempos verbales, etcétera. Entonces, Tocar fondo, el cuento que le da título al libro, sale de u a frase que yo escribí en el pizarrón donde una mujer se siente asechada por la mirada de un hombre que ella no sabe quién es. Y, a partir de eso, yo les dije a los estudiantes que íbamos a construir por asociación libre de ideas. Y una cosa nos fue llevando a otra y cada quien escribió su cuento y yo escribí Tocar fondo, que en el fondo es cuento sobre el incesto virtual de la protagonista en lejano pasado con su propio hermano cuando eran adolescentes, acción que se materializa con un extraño mucho tiempo después.

Por otra parte, el libro que me dado más prestigio internacional y que ha sido mas abordado por la crítica se llama Duplicaciones. Este libro tiene una larga historia. Lo escribí en el Centro Mexicano de Escritores con un Beca Centroamericana de Literatura que abrió ese centro en 1970. Me voy a México por un año y resulta que quienes habían configurado el jurado para darme esa beca era Juan Rulfo, Salvador Ekizondo –dos escritores muy destacados- y Francisco Monterde, que era el presidente de la Academia Mexicana de la Lengua. Durante un año, en un taller literario presidido por ellos tres, escribí Duplicaciones. Me tuve que someter a una disciplina muy rigurosa, muy férrea; Rulfo siempre fue muy estricto, tachándome muchos adjetivos, literalmente a veces rompiéndome cuentos que parecían muy malos, y creo que ahí aprendí a castigar el lenguaje, realmente a pulir al máximo los textos para que no sobrara ni faltara nada. Entendí la calidad de la precisión semántica y la importancia de que un cuento fuera más allá de la simple anécdota; puede haber algún momento más importante, una especie de Epifanía, una revelación o descubrimiento. Es un libro muy experimental; experimento con prácticamente todas las técnicas habidas o por haber en referencia al tema del doble dentro de cierta modalidad de la literatura fantástica. La versión original tenía cuarenta cuentos y fue publicada en 1973 por la editorial Joaquín Mortiz, muy importante en la década de los setenta en México. Fue una gran cosa para mí, un panameño de paso por México; de pronto les gusta el libro y me lanzan al mercado. Ahí realmente comenzó todo. Ese libro se reeditó en otra editorial mexicana en 1982, la editorial Katún. Posterior a eso, en 1990, en la Editorial Orígenes, de Madrid, reeditan otra vez el libro. O sea, el libro tiene tres ediciones y están totalmente agotadas. Hace cuatro años salió en inglés traducido por Leland H. Chambers en Latin American Literary Review Press, de Pittsburgh, Pennsylvania, con el título de Duplications and Other Stories. Ha tenido buena crítica.

Hay un libro que tiene cincuenta textos de diversa naturaleza, de análisis de mi obra –algunos son simples reseñas, otros son artículos y ensayos-, donde la mayor parte analiza los cuentos de Duplicaciones. Ese libro se llama Puertas y ventanas: acercamiento a la obra literaria de Enrique Jaramillo Levi, salido de EDUCA en Costa Rica, con un prólogo de Carmen Naranjo. Hay dos libros más que recopilan crítica literaria sobre mi obra: uno salió aquí en Panamá en el Instituto Nacional de Cultura y se llama Mar de fondo; y otro que salió, en Ediciones Universal de Miami, Florida, se llama Critical Perspectives in Enrique Jaramillo Levi's Work. En ese sentido también me siento bastante satisfecho porque soy uno de los pocos escritores que han sido estudiados, pero siempre ceñido a círculos más o menos académicos, no ha habido el gran lanzamiento. Las grandes editoriales siguen prefiriendo la novela. Están convencida de que la gente prefiere leer novelas y de que un libro de cuentos es más difícil de vender. Yo no estoy muy seguro de eso; creo que en la vida agitada y apurada que llevamos hoy en día es más fácil ir leyendo con calma los cuentos, cierras el libro y en otro momento lo retomas y es otro mundo. En cambio, la novela es más larga, te exige estar recordando lo que leíste una semana antes, tiene que volver atrás. Pero eso es una manera de mirarlo. Para otras personas es exactamente al revés: es mucho más difícil empezar y terminar veinte cuentos, que son veinte mundos; es un esfuerzo intelectual más grande. Pero, el género que cultivo mayor asiduidad y experiencia es el cuento, por más que cada tanto tiempo escriba poesía y ensayo.

El libro por el que se dio la "Beca Centroamericana de Literatura" se publicó un año después en México, El búho que dejó de latir; también recibió un premio del Consejo Superior de Universidades Latinoamericanas. Es un libro poco conocido, pero es el que Juan Rulfo premió; se publicó en el 74 en México. Hay un libro mío casi secreto que lo conocen cuatro gatos y medio; se llama Renuncia al tiempo. Se publicaron de él quinientos ejemplares en la Ciudad de Guadalajara. Casi no han sido abordado por la crítica; claro, a veces uno no sabe lo que hace la crítica. Yo no tengo por qué saber qué se está publicando sobre un cuento mío en otro país en una revista que no conozco: hay cosas de las que los autores jamás se enteran, porque los críticos no tienen que pedirle permiso a un escritor para escribir sobre él, entonces uno no puede estar con las antenas encendidas pendiente y consciente de lo que está pasando en todas partes. Así que es posible que haya cosas más que han sido estudiadas, pero hasta donde sé, Renuncia al tiempo es un libro que casi nadie conoce. No circuló casi ni siquiera en México, y mucho menos en Panamá. Sólo el escritor Pedro Rivera lo conoce, porque hace muchos años se lo regalé.

Hay otro libro que salió en la Editorial de Costa Rica, en San José, que se llama Ahora que soy él. Ese librito a mí me gusta mucho, es un libro que tiene trece cuentos; el subtítulo es <<trece cuentos en contra>>. Se publicó en inglés con el título de The Shadow, también en Latin American Literary Review Press (Pittsburgh), que es el título de unos de los cuentos. Ese es uno de los cuentos más sutiles y a la vez más dramáticos que he escrito, porque después de que has leído un poco, casi al llegar al final, te das cuenta que lo que está pasando es que están torturando a alguien. Las sombras son los torturadores; la

persona que está sufriendo físicamente la tortura encuentra la manera de enviar su mente a otra parte, él viaja, crea otros mundos para no sentir dolor.

En fin , yo he escrito más de 140 cuentos y tengo más de treinticinco años de ser escritor, voy a cumplir 54. Pero también hay otros géneros que me fascinan: he escrito mucha poesía, tengo siete libros publicados; y dos tomos de ensayos –La estética de la esperanza- de los cuales sólo uno contiene ensayos propiamente, los demás son reseñas de libros, recopilación de artículos periodísticos; hay conferencias, prólogos de libros, tanto míos como ajenos. Los dos tomos constan de cuatrocientos cincuenta y tantas páginas cada uno, y son el producto de veintidós años de escribir literatura, de no-ficción- O sea, que yo he escrito muchos tipos de literatura, incluyendo mucho periodismo cultural y algo de periodismo político.

Te fascina el cuento, ¿cómo describirías el arte del cuento y tu afición artística por él?

Encasillar los géneros es algo difícil, sobre todo en un mundo "postmoderno" donde las fronteras tienden a borrarse entre los géneros y cada vez más hay una literatura híbrida en que se mezclan de tal manera los tipos de escritura que a veces no es fácil encasillarlas, ni fácil ni conveniente. Pero si creo que hay textos que claramente son cuentos. Puedo decir las cosas que todo el mundo sabe: es un género escrito en prosa, generalmente breve, con una gran economía de lenguaje, con pocos personajes, con un tema central; donde hay una mirada vertical, en profundidad, sobre una parcela de la realidad y no una mirada horizontal, panorámica, indefinidamente extensa como lo sería en la novela. Tal vez podría decirse del cuento lo que Cortázar señalaba para diferenciar la descripción de la narración. Él decía que la descripción era a la fotografía lo que la narración a la filmación. Creo que en un cuento es un momento intenso que se expande de manera tal que provoca una revelación o una mirada, que no se da en otras circunstancias, sobre algo. Y ese algo, generalmente, es algo que sucede, más que alguien. Estoy consciente de que puede haber cuentos que podrían ser más de personas que de acción, o más de atmósfera o clima que de cosas que suceden. Pero en el fondo no hay un cuento si no hay un suceso: el cuento tiene que contar algo. Pero no se puede tampoco quedar en la pura anécdota porque entonces es un simple relato, una simple narración, y no toda narración o relato es un cuento. El cuento es una forma de calar profundamente en un momento excepcional, de una circunstancia o simplemente de la vida de alguien, y el resultado de eso es, si el cuento es bueno, un cambio en el lector; lo transforma, le da un conocimiento, una experiencia que lo hace diferente. Estoy hablando de los buenos cuentos, insisto. Para saber lo que un cuento es, hay que leer cuentos.

¿Quiénes han sido tus modelos en cuanto al cuento?

En relación al tipo de entusiasmo tan intenso y casi obsesivo que yo siento por el cuento, es escritor que más sentí que era así era Julio Cortázar. Pienso que él fue muchísimo más cuentista que novelista. Quiroga nunca sobresalió como novelista – escribió mucho en los periódico-; él pasó a la historia como cuentista. El mismo caso de Borges: no necesito nunca escribir una novela, y también era poeta y ensayista. Creo que eso serían los modelos, un poquito también Monterroso, que no es novelista, y Arreola también. Lastimosamente Arreola ha dejado de escribir para dedicarse a hablar, porque tenía programas en la televisión y no había como pararlo. Es un hombre que sabe de todo; es una enciclopedia andante, y creo que nunca pasó de cuarto grado –y daba clases en la Universidad Nacional Autónoma de México. En América Latina siempre ha habido muchos, pero muchos más cuentistas que novelistas.

¿Qué pasó con Juan Rulfo?

Creo que él dejó de escribir cuentos y trató de escribir novelas, y probablemente destruyó varias. Es muy difícil cuando uno logra la casi perfección, enfrentarse al reto de superarse ante la posibilidad de fracasar o hacer una obra que no sea tan buena. Creo que Rulfo vivió con ese temor y se autocensuraba. Hay un libro que salió después, que son sus guiones cinematográficos, muchos de los cuales se pueden leer como cuentos perfectamente. Y después salió un libro de fotografías; él era un buen fotógrafo también. Pero realmente nunca volvió a publicar cuentos aunque por ahí han aparecido algunos que se habían publicado en revistas en Jalisco, cosas que se han rescatado de pasados muy remotos, pero nada posterior a ese gran libro que es El llano en llamas. Y en cuanto a su única novela, Pedro Páramo, creo que es una obra maestra, una obra muy difícil de superar, que ofrece muchas lecturas.

¿Casi todas tus influencias literarias han sido cosmopolitas?

Sí, y habido otras: Hemingway el cuentista; no Hemingway el de las novelas. O'Henry, Maupassant, Chekhov. Yo leía mucho y muy variado, y siempre preferí leer cuentos que novelas. Aunque leo novelas, el cuento como género es el que siempre me ha fascinado. Exige perfección, que no es para nada un rasgo de la novela, género híbrido y contaminado por naturaleza.

Muchos escritores latinoamericanos se sienten atraídos al regionalismo, por lo menos como temática. Tú caso parece ser lo contrario.

No me atrae en lo absoluto. Es una cosa muy curiosa, habría que hacer una lectura muy profunda de mi obra para deducir que yo soy panameño. Creo que, en ese sentido, es más universal tanto en el manejo del lenguaje –se puede entender prácticamente en cualquier parte- como en los temas; son los grandes temas universales: la muerte, el amor, la infidelidad, la ambición del poder, la enajenación, la corrupción, el paso del tiempo, el problema de la pareja y ocasionalmente, más en mi poesía que en mi cuentística, trato temas como la invasión y la presencia norteamericana en Panamá. Es una obra, en general, muy personal. Por mucho tiempo yo fui, y creo que todavía soy, un autor muy poco leído en Panamá. No soy un escritor fácil de leer. Decía en su ponencia el profesor Ricardo Segura, aquí en el VI Congreso Internacional de Literatura Centroamericana, que hay varias generaciones que ahora tienen una deuda conmigo, sobre todo a nivel de la técnica y de la forma. Porque dice él que después del rompimiento que representó Rogelio Sinán, yo soy el segundo reformador de la narrativa panameña a través de técnicas novedosas (Esto no le gusta escucharlo a cierto número de colegas panameños. Para dos o tres de ellos mis únicos méritos son los de promotor cultural). Tal vez porque he vivido muchos años fuera de Panamá, no me he aferrado mucho a la tierra. Lo que sí es propio de mis últimos cuentos inéditos es la presencia del mar, de playas, calor y lluvia; o sea, el ambiente propio del trópico y de costa. Pero la presencia de esos elementos no indica que necesariamente la gente sepa por eso que soy panameño; porque esos elementos existen en otras partes también.

¿Escribes narrativa todos los días?

Quisiera escribir todos los días. No lo puedo hacer a veces por mi trabajo que es muy absorbente: tengo a mi cargo en la Universidad Tecnológica de Panamá la organización de diversos eventos culturales, doy clases. Pero a veces suplo el no escribir literatura creativa todos los días con hacer un poquito de periodismo. Por épocas he tenido a mi cargo columnas, o espacios para escribir artículos de opinión en los periódicos. Y aunque es otro tipo de escritura, uno ejercita la pluma y la mente. Pero de una manera u otra estoy escribiendo. Si se me viene una idea a la cabeza inmediatamente escribo un párrafo o versos que pueden posteriormente formar un poema. Lo escribo en lo que sea: en servilletas, lo que tenga a mano. Pero hubo una época en que sí me dedique todos los días a escribir. Cuando tuve esa beca en México durante 1971, no desaproveche nunca la oportunidad de hacerlo. Ese año debo haber escrito por lo menos cincuenta cuentos; me dediqué totalmente a escribir. En realidad Duplicaciones es un pequeño fragmento de lo que escribí ese año y posteriormente en México. Hay épocas en que me da por escribir poemas y cuando estoy escribiendo poesía no puedo escribir cuentos. La poesía es para mí muy de índole terapéutica, catártica, y en ese sentido es muy personal. Y bueno, respeto a las otras facetas, la del ensayista, el antologista, he hecho muchas antologías, de literatura mexicana, centroamericana, panameña, he reseñado muchos libros, he tratado también de promover a otros escritores. Aquí hay una revista cultural, *Maga*, que es un espacio que trato de abrir para los nuevos. En Panamá no hay muchas posibilidades de publicar, no hay empresas editoriales, El Estado no ayuda mucho. De una u otra manera todas estas facetas convergen en la labor de hacer una literatura nacional. El escritor, el crítico, el investigador, el profesor de literatura, el promotor cultural, el editor, el que hace periodismo cultural –son caras de la misma moneda en el fondo. Y todas las cultivo.

¿Has sentido la tentación de volver a trabajar textos ya publicados?

Nada más he tenido esa tentación dos veces. En una lo logré y creo que el producto revisado, corregido y aumentado fue mejor, y en otra no lo logré. Hay un pequeñito libro de tres relatos que publiqué en la Editorial Papuras de Querétaro, México. El libro se llama *3 relatos de antes*; fueron tres de los primeros relatos que yo escribí. Entonces lo retomé muchos años después, lo reescribí un poquito, respetando su contenido básico pero sí trabajado más la forma y la estructura, y lo publiqué con ese título. En el otro caso fue una frustración volver atrás y darme cuenta que ya no sabía nada que hacer con ese libro porque sino me satisface, visto desde la perspectiva de hoy, seguirlo trabajando sería en convertirlo en otro libro y eso tampoco lo quiero hacer: se trata de *Catalepsia*. Fue el primer libro que escribí y que ganó una mención honorífica en el Concurso Nacional de Literatura en Panamá que se llama <<Ricardo Miró>>. Eso fue en 1964; lo escribí en 1963; se publicó en 1965. O sea que estamos hablando de la prehistoria para mí. Entonces, me dije que era un libro que tendría que volverse a escribir y preferí dejarlo así.

Yo generalmente cuando escribo cuento y poesía trabajo mucho el material antes de publicarlo. Carene, mi novia aquí presente, te puede decir que hemos trabajado, hemos conjugado un verbo que se ha hecho muy popular en México: "hemos tallereado" los textos hasta morir. Una cosa que me enseñó Rulfo es que en la prosa no debe haber rimas, no debe haber asonancias, las palabras no deben repetirse ni gráficamente ni mediante conceptos que innecesariamente repiten lo ya dicho. Si dos palabras suenan igual en su terminación en no menos de dos o tres renglones, hay que cambiar una y buscar otro término o de plano quitarla. Trato de leer mis textos en voz alta también.



El ensayo es diferente: los ensayos tienden a hacer tan conceptuales que desde el principio uno suele tener claras sus ideas. Pero el cuento y la poesía son otra cosa; para mí en buena medida son una forma, a veces más forma que fondo. Es más importante para mí, a veces, el cómo digo algo que lo que digo. Eso lo cuida mucho. Otra cosa que cuida mucho es la estructura, trato de que sea la adecuada para proyectar una cierta verdad y provocar una cierta reacción en el lector. O sea que creo que un cuento tiene que ser contado de una manera que sea congruente con la cosa contada para producir un cierto

efecto. Por supuesto hay mil maneras de contar una historia, pero sólo hay una adecuada a la manera en que uno quiere realmente contarla; el secreto está en encontrar esa manera, y no siempre uno acierta desde el principio. A veces uno relee el texto y dice "no, pero es que no lo puede contar este personaje, debe contarlo este otro", o "esto no debe estar en primera persona, debe estar en tercera porque hay que dar un conocimiento más amplio de la vida y los pensamientos del personaje". Cosas así, que son ya de técnica, y que son discutibles. Soy muy quisquilloso y exigentes con ellas.

¿Pueden distinguirse distintas etapas en tu producción?

Sí ha habido etapas, pero no estoy seguro de que las tenga muy clara. Creo que por mucho tiempo mi literatura tendía a ser muy enajenada y enajenante, muy deprimente. Todavía lo es, porque hay mucha violencia en mis cuentos, muchas muertes –suicidios y asesinatos–; pero en los dos libros de cuentos más recientes, ya mencionados, hay una actitud más filosófica y más reflexiva hacia la búsqueda o pérdida de la felicidad. Y en algunos de los cuentos creo que se alcanza la felicidad; en otros no, en otros todavía hay mucha tragedia. Lo que pasa es que depende de qué estado de ánimo tiene uno en ese momento. Durante muchos años, cuando yo escribía era porque yo no era del todo feliz, y esa era mi forma de enfrentar eso. Tengo que confesar que para mí escribir siempre ha sido una terapia; yo no sé que habría hecho sino hubiera tenido la vocación profunda de escribir. Pero, por otra parte, si uno está feliz, ¿para qué escribe? Es mejor vivir la vida, ¿no?.

¿Cuándo es bello el cuento?

Creo que el cuento más bello del mundo es aquél que logra una fusión perfecta entre un momento de gran plenitud humana y una forma plena, armónica, inevitable con que esa plenitud se expresa. En ese sentido, generalmente un cuento bello es un cuento lírico, es un cuento donde hay mucho trabajo con el lenguaje, donde se usan metáforas, metonimias, comparaciones, en fin las figuras retóricas que le puedan dar un cierto vuelo. Los cuentos más imaginativos suelen ser cuentos poéticos porque la única forma de expresar el vuelo de la imaginación es a través de un lenguaje más elevado, más trabajado, más elaborado. No puede ser un lenguaje retratista, exteriorista, como hiciera Ernesto Cardenal, cuando se queda en ese nivel exteriorista, no me gusta. Porque si yo lo que quiero es que me describan la realidad, yo voy afuera y la miro, o le tomo una foto y la filmo. La literatura debe ser capaz de mirar no sólo la fachada, sino lo que está detrás de la fachada, la parte oculta de la realidad; y revelársela, primero a uno mismo como creador, y después al lector. Dice Onetti –uno de mis grandes influencias latinoamericanas– si yo supiera cómo van a terminar mis historias, ¿para qué las escribo?. Sí yo supiera a dónde conducen mis historias, tampoco las escribiría. Él escribe para descubrir lo que no sabe y a mí me pasa igual. No tengo jamás la menor idea de hacia dónde va mi cuento. A mí me pasa una cosa muy curiosa: no soy una persona que preparo tramas y argumentos en mi cabeza –I do no plotting. Dejo que una cosa me lleve a otra y otra a otra. Como en los ejercicios que les pongo a mis alumnos en los talleres. Si yo le digo a un alumno, <<la primera frase va a ser "La mujer mira lánguidamente por la ventana">>, ya tienes una historia. ¿Por qué lánguidamente? ¿Hacia dónde mira? ¿Qué ve? ¿Dónde está? ¿Cómo es la ventana? ¿De dónde viene? Todo eso y más puede desarrollarlo. Incluso esa frase, la puedes enriquecer y hacer una frase larguísima: "La mujer sentada junto a la cama pensando en su marido ausente mira lánguidamente por la ventana a unos niños que juegan en el jardín aquella mañana lluviosa de enero". Y crece y crece y crece, y tú puedes hacer una historia en una misma oración gramatical sin parar. Es una cosa que siempre he querido hacer: escribir en una sola oración interminable una historia; eso es posible, claro, pero difícil de leer. García Márquez lo hizo un poco en El otoño del patriarca, pero era más que una oración en el fondo; yo lo que quiero es que sea de un solo aliento hasta que termina y cierra el círculo.

¿La literatura es para ti la imaginación y la creación?

Creo que la imaginación y la experiencia estética son muy importantes, porque sino, lo que estás haciendo es una crónica periodística, lo cual está muy bien, son muy importantes y necesaria pero no es gran literatura.

Anoche hablábamos de eso precisamente, si en el fondo el testimonio es literatura o no. La respuesta, como en muchas cosas en la vida, es "depende": depende de cómo lo escribas, con qué intención, con qué recursos. El hecho de que tú cuentes tal cual algo que te pasó, una especie de autobiografía, es sumamente interesante. Pero eso tiene que tener una cierta estructura y cierta forma que la haga diferente a la crónica que vas a encontrar sobre ese mismo incidente en una nota roja de periódico. Es como uno de los primeros casos declarados de literatura de no ficción, ¿te acuerdas? Aquel libro de Truman Capote In Cold Blood; pero, ¿qué estaba pasando ahí en el fondo? Estaba haciendo una crónica testimonial sobre sus conversaciones con los individuos estos que iban a ser ejecutados y los visitaba en la cárcel, pero estaba aplicando técnicas narrativas para presentarlo. O sea, iba más allá de lo que contaba a través de cómo lo contaba. Entonces, decir que eso es non-fiction fiction, es decir que es journalism. No creo que eso sea verdad en el caso de esa novela del Relato de un naufrago de Gabriel García Márquez. Creo que hay técnicas narrativas que solamente un escritor puede manejar bien, aunque todo lo que cuente sea cierto o producto de una investigación de la vida real, bien documentada, etcétera. Se nota en el manejo del lenguaje, de la técnica, que hay un escritor detrás. Y generalmente los mejores periodistas son buenos escritores. En cambio, muchos de los testimonios tienen ghost writers, no son de los testimoniantes. Esto entiendo que es el caso incluso con el libro tan exitoso de Rigoberta Menchú, tan desgarradoramente humano porque ella vivió en carne propia

PAPELES DE LA MAGA

El cuento como género literario en América Latina

Mempo Giardinelli

Suelo sostener que el cuento es un género indefinible, porque si se lo define se lo encorseta, se lo endurece. Prefiero pensar al cuento como un camino que se hace sin cesar, una acción perpetua de los seres humanos. No en vano toda la Historia de la Humanidad es una narración, primero oral, luego escrita.

Pero eso voy a optar por hacer simplemente algunas variaciones sobre este género que nos convoca, pues este acto no es sino una celebración: la de una literatura, la panameña, y la de un gran cuentista: el autor de Héroes a medio tiempo, Justo Arroyo.

De modo que si ustedes me lo permiten, y puesto que seguramente aquí hay muchos escritores y lectores, me voy a detener para hacer un breve repaso de aquello que nos fascina y nos seduce de todo buen cuento literario. Por ejemplo, y en primerísimo plano, la brevedad y concisión, que es lo mismo que decir la precisión. El Maestro Edmundo Valadés enseñaba que "el cuento escapa a prefiguraciones teóricas, pero su única inmutable característica es la brevedad". Y precisamente respecto del cuento breve (también llamado cuento corto, minificción, microcuento o microficción) Juan-Armando Epple distingue cuatro condiciones básicas: brevedad; singularidad temática; tensión; e intensidad.

Pero esas cuatro características yo diría que son aplicables a todos los cuentos del mundo cualquiera que sea su extensión, y no sólo a los breves. Quizá por eso Marco Denevi sostiene que el único modo de distinguir cuento de novela, y cuento largo de cuento breve, al fin y al cabo es contado la cantidad de páginas que tiene cada texto. Pero también digamos que el criterio fundamental para reconocer un cuento no es sólo la brevedad, sino lo que Epple llama "su estatuto ficticio". O sea, es la invención literaria lo que permite reconocer a un cuento.

Epple sostiene que fue en la Edad Media "cuando se empiezan a discernir, en las expresiones narrativas, formas diferenciales de ficción breve, especialmente en la literatura didáctica. Además de las expresiones de la tradición oral y popular como las leyendas, los mitos, las adivinanzas, el caso o la fábula, en que interesa más el asunto que su formalización literaria, surgen modos de discurso que se articulan en estatutos genéricos ya decantados en la tradición cultural, como el ejemplo, la alegoría, el apólogo o la parábola". La tradición clásica que se ocupa de reelaborar mitos, historias y leyendas, y la predilección por la fábula como modalidad narrativa también nos viene del Medioevo. Hoy es una costumbre arraigada, y hasta abusada, y es una manía falsamente borgeana, la de mezclar la realidad con ficción, reescribir las viejas mitologías, mezclar personas verdaderas con personajes apócrifos. Claro que hay "fabulistas" modernos precisos y brevísimas, y no la mera utilización del recurso reelaborador. Según Anderson Imbert, el origen del cuento en sus formas breves puede incluso "rastreado en sus inicios de la literatura, hace ya 4000 años (en textos sumerios y egipcios), como relatos intercalados y que luego se van perfilando en la literatura griega (Herodoto, Luciano), como digresiones imaginarias con una unidad de sentido relativamente autónoma". Muchos autores coinciden en que el cuento es el género literario más antiguo del mundo, aunque para algunos su consolidación literaria se alcanzó tardíamente. Así lo sugirió Juan Valera en el siglo pasado: "Habiendo sido todo el cuento el empezar las literaturas, y empezando el ingenio por componer cuentos, bien puede afirmarse que el cuento es el último género literario que vino a escribirse".

El crítico español Arturo Molina García sostiene que "antes del siglo XIX el cuento se manejaba sin plena consciencia de su importancia como género con personalidad propia. Era un género menor del que no se sospechaban las posibilidades de belleza, emoción y humanidad que podía contener su brevedad. Hubo buenos cuentistas, individualmente considerados, con sello personal, pero fueron muy pocos, fueron casos aislados que sorprendían como destellos. Lo que no había, desde luego, era una tradición cuentista, cuajada, en ebullición permanente, como la que comienza a existir a partir del siglo XIX."

En efecto, la tradición del cuento moderno se desarrolló en el siglo XIX, y a ello contribuyeron las infinitas publicaciones que abrían sus páginas al cuento más o menos breve. Esto fue muy notorio en América Latina y posiblemente hoy

podríamos explicar que esto se debió a las limitaciones de la industria editorial. El espacio disponible en los medios obviamente era favorable al cuento, o al folletín por entregas. Acaso ahí esté el antecesor de la telenovela actual. Como fuere, en mi opinión, eso mismo fue lo que fortaleció al género en las Américas. Porque publicar novelas imponía la necesidad de una capacidad industrial (papelera, impresora y encuadernadora) que no teníamos, y requería de circuitos de distribución en librerías que en nuestra América eran y siguen siendo tan ineficientes. Por eso las revistas fueron –y son todavía- no sólo pioneras sino el mejor vínculo entre autores y público. Yo creo que eso dio lugar al florecimiento del cuento latinoamericano.

Por haber dirigido la única revista dedicada exclusivamente al cuento que hubo en la Argentina, he seguido muy de cerca el desarrollo del género en los años que lleva la democracia, y particularmente he seguido la evolución de algunos autores. Lo más interesante del camino del escritor es su crecimiento literario. Cuando, por razones del azar, uno sigue la trayectoria y la evolución de algunos y luego tiene acceso a sus últimas producciones, es posible apreciar la curva ascendente con el placer que produce el reconocimiento de la creación misma.

El mexicano Julio Torri (exquisito cuentista lamentablemente no suficientemente reconocido) decía que hay dos tipos de escritores: los de imaginación y los de sentimiento. Los primeros suelen ser buenos artesanos; los segundos, "cuando no tienen genio, son absolutamente intolerables". Y es verdad, y por eso la verdad literaria se produce cuando en los cuentos confluyen imaginación con sentimiento. Y esto es especialmente festejable en países como lo nuestros, donde hay muchos cuentistas de talento pero donde también –admitámoslo- se publica demasiado cuento mediocre.

En un panorama devastado como en mi opinión era el del cuento argentino después de tanto años de dictaduras, autoritarismo y censura, convenía –siempre conviene- tener el oído especialmente atento a toda voz que estuviera más allá de la medianía, la repetición y el cliché. Enrique Jaramillo Levi me pidió especialmente que les hable del cuento argentino contemporáneo, así que allí les diré rápidamente, y para no cansarlos, que con la democracia restablecida en 1983 muchas cosas han cambiado en la narrativa de mi patria. Mis impresiones sobre lo que se está haciendo y lo que puede llegar a ser la cuentística argentina cuando termine este milenio y empiece el Siglo XXI, son las de un observador privilegiado que en los últimos 15 años ha recibido y leído varios miles de cuentos producidos a lo largo y a lo ancho de aquel inmenso país. Conozco la generosa diversidad de cuentista que hay allí y aunque no crea que tenga sentido esta noche mencionarlos a todos, déjenme decirles que hay ya algunos nombres nuevos de enorme futuro: Miguel Ángel Molfino, Cristina Civalé, Guillermo Martínez, Laura Fava, José Gabriel Ceballos, Laura Szperling, Gustavo Nielsen, María Malusardi, por lo menos.

No es casualidad que no todos son porteños. La mitad de los nombrados son del interior del país y todos son jóvenes escritores pero ya autores de calidad. Gente de entre 30 y 50 años, algunos de ellos sufrieron años de cárcel o vivieron exilios durante la última dictadura, y que sin embargo en estos años crearon mundos propios y originales que superan holgadamente la circunstancia de la represión. Ninguno hizo de la tortura y el horror padecidos su obra creativa, y al contrario, todos cultivan variantes de lo fantástico y lo experimental. En ellos se siente esa rara virtud señalada por Torri del "horror por las explicaciones y amplificaciones", y en muchas de sus tramas es posible advertir sutilmente –la frase es de Lugones, dice Borges- "el miedo de lo demasiado tarde". Hay que destacar también la notable presencia de mujeres en esa joven cuentística. Ello se debe a que hoy hay mucho más cuento escrito por mujeres que nunca antes, y a que su calidad y profundidad son riquísimos y constituyen el fenómeno más destacable de la literatura argentina de este fin de siglo.

En los libros de estos y otros autores se notan las influencias de algunos grandes maestros. Valga pues esta reflexión: nada tiene de malo las influencias, y antes al contrario todos provenimos de ellas. Todo escritor es, en esencia, libresco, (creo que la sugerencia es de Alfonso Reyes) en el sentido de que siempre andamos buscando ideas y asociaciones en los autores que amamos. Eso es natural y lógico: no podría ser de otro modo salvo que uno fuese ingenuo, un pedante o un plagiarista sinvergüenza. O un genio, si tal especie realmente existiera. En el arte siempre es así: acopiamos y copiamos, aportando. Y para hacerlo hay que leer, presenciar, experimentar: la literatura, pues, como conocimiento, como toma y daca, como ontología.

Decía Juan Rulfo que "todo escritor que crea, es un mentiroso; la literatura es mentira, pero de esa mentira sale una recreación de la realidad; recrear la realidad es, pues, uno de los principios fundamentales de la creación". Evoco su enseñanza porque poco autores de la literatura universal fueron tan conscientes de la importancia del imaginario como él, y poquísimos lo manejaron con tanta intuición y sabiduría. "Para mí lo primordial es la imaginación –escribió Rulfo-. Dentro de estos tres puntos de apoyo, está la imaginación circulando: la imaginación es infinita, no tiene límites, y hay que romper donde se cierra el círculo; hay una puerta, puede haber una puerta de escape, y por esa puerta hay que desembocar, hay que irse. Así aparece otra cosa que se llama intuición: la intuición lo lleva a uno adivinar algo que no ha sucedido, pero que está sucediendo en la escritura. Concretando: cuando esto se consigue, entonces se logra la historia que uno quiere dar a conocer. Creo que eso es, es principio, la base de todo cuento, de toda historia que se quiere contar".

La sutileza es otro de los méritos de todo buen cuento. Y me parece importante que la sutileza se trabaje, se eduque, sobre todo en estos tiempos en que vivimos tan saturados de obviedades, lugares comunes, falsificaciones e irracionalidad. Esto

hace que resulte más valioso el empeño de algunos autores por no explicarlo todo, sin que por ello se extravíen en el mar del cripticismo y lo abstruso. Para esto hay que tener un innato sentido de la elusión, que es a la vez la mejor manera –literaria- de darle brillo a la alusión. Y manera creadora –dicho sea para completar el juego de palabras- de elusión.

La verdadera eficacia de la alusión literaria es la que se desvincula del propósito del autor. La literatura más realista (en el sentido de aludir a-lo-que-pasa) es la que no se propuso serlo. Y si ya sabemos de toda literatura que se obliga a imponer discursos, los mata, también sabemos que toda literatura que carece de discurso, como la que no tiene hechos, se esfuma. La buena literatura es la que no depende de la voluntad de los escritores, sino la que proviene simplemente de sus pasiones. Y es que a la realidad sólo se la sueña, la imagina o alude, como aconseja Augusto Roa Bastos.

Otro aspecto importantísimo es la variedad temática y estilística. Yo prefiero que autores y libros me ofrezcan diversidad de casos, motivos, opiniones, sugerencias, posiciones estéticas y puntos de vista. Los prefiero en lugar de los que me ofrecen virtuosismos reiterados, recursos repetidos y hasta temáticas trajinadas, a veces, hasta el hartazgo, como si escribir cuentos se tratara de ejercitar variaciones sobre lo mismo. Por eso en mi revista Puro Cuento siempre procuré incluir cuentos que mostrarán los diferentes paisajes latinoamericanos (el urbano y el rural), y también nos ocupamos de cuentos que mostraban las múltiples facetas del amor, el erotismo y la ternura; el encuentro y el desencuentro entre los seres humanos; la fantasía y el rigor; las diferentes lenguas que se hablan en Latinoamérica y el Caribe; lo breve y lo más extenso; lo clásico y lo moderno; lo previsible y lo inesperado; lo experimental y lo conocido, e infinitos etcéteras.

Siempre sostengo que el cuento es el género literario más moderno y el que mayor vialidad tiene. Por la sencilla razón que la gente jamás dejará de contar lo que le pasa, ni de interesarse por lo que le cuentan cuando está bien contado. Y esto es así –y lo seguirá siendo- a pesar de la miopía de muchos editores. Y digo miopía porque es evidente que el cuento es un género que no interesa a la mayoría de las editoriales. Y no sólo a las de la lengua castellana. En general, los editores suponen conocer el gusto del público, que, dicen, no compra libros de cuentos. El público lector – nos dicen- sólo se interesa de obra de largo aliento y/o por los géneros que marcan las modas. De modo tal que como el cuento no le gusta a la gente, no editan libros de cuentos, con lo cual el cuento no se vende y ellos confirman que el cuento no gusta. Un perfecto círculo vicioso que deriva de ser un fenómeno que ya no está regido por las leyes de la literatura ni del arte, sino por las leyes del mercado.

Se ha dicho que proceder, en literatura, usando el pasado para la estructuración del presente, parece haber sido un hallazgo del poeta T.S. Elliot, quien parece que era tan humilde que tuvo la gentileza de atribuírselo a Joyce. Pero eso no necesariamente es verdad. El recurso, en mi opinión, es viejo como la literatura misma: no me consta que lo desconocieran los griegos; o Shakespeare; o Cervantes. Hay dos cuentos que he leído en estos años que se inscriben en esa tradición: uno es el que da título al volumen de mi paisano Carlos Roberto Morán: Noticias de Sergio Oberti, un cuento admirable. Mediante el señalado recurso de la alusión, y a través de un discurso rayano en lo absurdo, el cuento se constituye en un obsesivo acopio de noticias falsas e informaciones erróneas acerca de un personaje que está desaparecido. Toca nuestro reciente drama nacional de manera inteligente, con delicadeza extrema, para convertirse – a mi criterio- en uno de los mejores cuentos sobre el tema de los desaparecidos que se hayan escrito. Somos y no somos: el tema del doble, en una recreación llena de talento, de poesía, de imaginación. En la tradición de los mejores cuentos argentinos, es combinación ejemplar de cómo la literatura es alusión porque es una mentira encarnada en la realidad, y es al mismo tiempo una mirada poética sobre el mundo en que vivimos. Como ustedes advertirán, estas reflexiones nacen a partir de la experiencia de meditar algunos cuentos concretos. En el caso de los que Miguel Ángel Molfino, me sucedió algo similar. Cuando leí por primera vez La muerte viaja en una Olivetti sentí que estaba en uno de los mejores cuentos que jamás se han escrito. Una joya literaria, un cuento moderno, casi perfecto, que no dudo hubieran adorado Cortázar y Rulfo. Es la historia de un personaje literario que, como un actor de cine, ya ha "trabajado" en cuentos de Fitzgerald, Hemingway y otros grandes escritores, y que ahora, viejo y decadente, se encuentra en el Chaco convocado por el autor y presiente que este autor lo va a matar. Se trata de un cuento antológico, memorable, que combina la realidad y fantasía, tensión e intensidad, clima y firmeza, sorpresa y poesía, y en esencia es un maravilloso acercamiento a una de las otras caras de la literatura: el punto de vista de los personajes literarios.

Los cuentos de estos autores –es evidente- son el resultado de bien digeridas lecturas, piedras basales para la imaginación, la osadía intelectual y el experimentalismo. Pienso que todo esto es aplicable a Justo Arroyo y lo celebro. Cuando se tiene la audacia de probar siempre, y cuando el buscar se asume como un destino literario, hay que tener mucho olfato y mucho conocimiento, y escritores como Arroyo y otros que pueblan el panorama de la cuentística panameña los tienen de sobra. De ahí la textura compacta de sus personajes. Ya lo verán ustedes cuando puedan leer La pregunta o Los Sueños de Sepúlveda; ya advertirán estas cualidades en el memorable torpe de El reto, en la moralidad ejemplar de ¿Por qué, Vivían?, en Última voluntad y en el que da título al libro que esta noche celebramos: Héroe a medio tiempo. Pienso que uno siempre tiene que procurar ser la clase de escritor que – más allá de sus temas- no se repite, no cae siempre a la misma fórmula y no se reitera en la utilización de unos pocos recursos más o menos brillantes. Yo admiró más, y aspiro a ser, esa clase de escritor que siempre busca andar por caminos difíciles, nomás porque le apasiona buscar y porque tiene adentro, parafraseando a Miguel Hernández, un rayo que no cesa.

Quizá por eso ha dejado escrito Borges que la más indiscutible virtud de la cuentística de Kafka es la invención de situaciones intolerables. Por eso Kafka es un grande, un precursor y está presente en toda fantasía literaria que dosifica la imaginación y la provee en medidas exactas y precisas, sin sobrecargas y sin faltantes. La sabiduría de todo buen cuentista también consiste en saber que los mejores cuentos de la literatura universal dependen, en última instancia, de la temperatura emocional que sea capaz de transmitir lo narrado.

Todo buen cuento –lo sabemos- debe tocar alguna fibra íntima en el lector. Necesariamente. Por eso un buen cuento no es el que surge de las puras ganas del autor, ni es el que deviene de un intento catártico. Un buen cuento es el que nace sencillamente de la inevitabilidad de su existencia. Es decir: se lo escribe porque no se puede dejar de escribirlo. Es como si el cuento viniera empujando desde adentro del autor, abriéndose paso a pesar de todas las resistencias que uno tenga, y de alguna manera explota en las páginas que lo contienen. Y mejor que explote así, para que no le explote a uno adentro.

El destino de un cuento, como si fuera una flecha, es producir un impacto en el lector. Cuando más cerca del corazón del lector se clave, mejor será el cuento. Para ese efecto, el texto debe ser sensible: debe tener la capacidad de mostrar un mundo, de ser un espejo en el que el lector vea y se vea. Esto es lo que se llama identificación (el lector piensa que le pasó o le podría pasar lo mismo) y eso le creará una empatía, una solidaridad con lo contado, que hará que el cuento se le torne inolvidable. Está identificación sólo se logra por medio de la sensibilidad del lector, tocada por el texto. Es lo que podríamos llamar el alma del cuento, que es una alma viva, que emite sonidos, titila, respira. Esa respiración, en los grandes cuentos, será eterna, y ese cuento será clásico sólo en la medida en que las diferentes generaciones y culturas lo acepten, reinventen y repitan. Es por eso que Ligeia, EL almohadón de plumas o El Aleph, por ejemplo, son y serán cuentos eternos.

Se sabe: hay sensibilidades muy sofisticadas y las hay vulgares. En nuestro tiempo es indudable - y desdichado- que la sensibilidad se ha vuelto chabacana y grosera, pero igualmente el autor debe crear cuento teniendo en cuenta a un lector ideal. Debe saber que alguien, en algún lugar, va a leer su cuento. Debe querer que así sea. Es como tirar una botella al mar con un mensaje adentro; hay que hacerlo con fe en que alguien lo recibirá. Y ese tener presente al otro, es lo que impedirá que el cuento sea una clave autorreferencial, onanista, de un intimismo abstruso, de un cripticismo inexpugnable. Esto hace, claro, a la cordialidad de todo cuento: una conversación amable en la que uno monologa y el otro escucha y responde con su atención ineludible, con su entrega a la seducción del narrador. Esto es lo que se llama tener presente al lector, y que no equivale a hacerle concesiones, ni guiños, ni a darles explicaciones inútiles. He ahí la inteligencia del buen cuento; he ahí esa amabilidad que me ha impactado en Justo Arroyo y también en los cuentos de Dimas Lidio Pitty, el otro finalista de este Premio Rogelio Sinán 1997/98.

No quiero dejar de referirme también a lo que en retórica y poética se llama con el vocablo alemán Weltanschauung. Es decir, la visión de mundo, o la concepción del mundo y el universo que todo autor tiene, lo sepa o no. De hecho, todo cuento contiene una concepción del mundo, una idea del universo. Y esto es así sencillamente porque todo cuentista, todo escritor, tiene siempre una posición ante la vida y su obra expresa su manera de pensar. Esa concepción inevitablemente está contenida en todo lo que escribe. De ahí que, cuanto mejor y más cultivada sea esa concepción, cuanto más rica, sensible, culta, generosa, amplia y abierta, más ricos serán los contenidos de sus cuentos. He ahí la importancia de la lectura.

En fin, espero no haberlos fatigado hasta aquí, pero he querido compartir estas variaciones sobre el cuento porque esta noche, reitero, es una noche de celebración en la que saludamos y premiamos un conjunto de cuentos estupendos, y celebramos también a un excelente escritor que se llama Justo Arroyo, un gran cuentista panameño y latinoamericano, lo que es decir, uno de los nuestros, y de los mejores. Muchas gracias.

Palabras del escritor argentino Mempo Giardinelli en la Ceremonia de Premiación del Premio Centroamericano de Literatura <<Rogelio Sinán>> 1997-98, celebrada en el Auditorio de la Lotería Nacional de Beneficencia el día 24 de abril de 1998.

PAPELES DE LA MAGA

**Los premios
Stella Sierra y Rodrigo Miró Grimaldo
de la Fundación Cultural Signos**

Elsie Alvarado de Ricord

No es común en nuestro medio que se celebren certámenes literarios permanentes, a menos que los subsidie el Estado, como en el caso del Concurso Ricardo Miró

Pero Enrique Jaramillo Levi, que por sí solo realiza el trabajo de una institución, y es autor de varios libros en distintos géneros, piensa, programa, organiza, escribe, edita y difunde el material correspondiente, consigue con su tenacidad, buenos jurados, y con esfuerzo logra el financiamiento con el patrocinio privado.

Así lo ha hecho con gran éxito en la Universidad Tecnológica de Panamá con el Premio Centroamericano de Literatura <<Rogelio Sinán>>. Y ahora la Fundación Cultural Signos, que él dirige, ha organizado el Concurso de Ensayos <<Rodrigo Miró Grimaldo>>, y el de poesía <<Stella Sierra>>. Se trata de un merecido homenaje a dos valores nacionales: Stella Sierra, una gran poetista que cantó principalmente a la naturaleza en bellísimos poemas; y Rodrigo Miró es la fuente obligada para todo estudio sobre las letras panameñas.

Ha encontrado Jaramillo Levi la mejor manera de estimular el cultivo de las letras, y los escritores jóvenes se sienten motivados para superarse cada día, con el aliciente de que también se publicarán sus obras.

Esta labor cultural contribuye en gran manera a formar conciencia sobre nuestra identidad, que una ola mercantil internacional trata hoy de avasallar, para imponer su dominio sobre los mercados del mundo, marginando las más elevadas manifestaciones de nuestra identidad nacional.

Por ella es causa de satisfacción que tengamos en Panamá a un compatriota tan emprendedor, empeñado en las tareas culturales que en nuestro país necesitan todo el apoyo de la comunidad y todo el empuje que Jaramillo Levi es capaz de ofrecer. Felicitaciones a los triunfadores, y que este premio sea un acicate para seguir superándose.

Panamá, 11 de noviembre de 1998.

Palabras pronunciadas en el acto de Premiación de los Premios Signos de Poesía <<Stella Sierra>> 1998 y de Ensayo Literario <<Rodrigo Miró Grimaldo>> 1998, realizado en la Junta Comunal de Bella Vista, el 11 de noviembre de 1998. Los ganadores fueron: Porfirio Salazar, por su obra Canto a las espumas del reino (poesía), y Allen Patiño, por Agua, mirada y exilio (ensayos), respectivamente.

**La Universidad Tecnológica de Panamá
agradece el apoyo de los siguientes
patrocinadores,
que de una u otra manera contribuyeron
al éxito del
PREMIO CENTROAMERICANO
DE LITERATURA
<<ROGELIO SINÁN>> 1998-1999:**

**Refinería Panamá, S.A. (TEXACO)
Mossack Fonseca & Co.
Fundación Pro-Biblioteca Nacional
Caja de Ahorros**



Hotel Ejecutivo
Compañía Panameña de Aviación (COPA)
Banco Nacional de Panamá
Editorial el Panamá América, S.A
Banco Internacional de Panamá (BIPPAN)
Restaurante <<Los Años Locos>>
Banco General
Canal Once (Radio y Televisión Educativa)
Chase Manhattan Bank
FETV (Canal 5)
DHL Worldwide Express
Fotomontaje y Separación de Colores, S.A.
Restaurante <<Las Tinajas>>
Instituto Nacional de Cultura (INAC)
Facultad de Ingeniería Industrial (UTP)
Facultad de Ingeniería Mecánica (UTP)
Compañía de Danzas Folklóricas
<<ESTAMPAS PANAMEÑAS>>